

REFLEXIONES

NECESITAMOS CONFIAR

Gustavo A. Frías

La problemática esencial que se presenta al hombre es aquella que simboliza la Torre de Babel, construida a veces para subir de la tierra al cielo, otras para bajar el paraíso a este planeta. Decir que la finalidad de la acción del hombre sea siempre procurar o procurarse felicidad, o aquello que él considera felicidad, es tan obvio como que ni siquiera es necesario abrir un periódico para constatar que, como nunca en la historia de la humanidad, estuvimos más lejos de ese paraíso pretendido en la acción.

Inseguridad de la vida

Lo precario, ya no sólo del estado del hombre, sino de la sobrevivencia misma de la especie humana, ha llegado a extremos tales, que parece inútil mencionar los problemas ecológicos, las universales violaciones a los derechos humanos o la subalimentación, para demostrarlo. Basta recurrir a un resumen simbólico de dicha situación: como es de todos conocido, el Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica es escoltado permanentemente por un empleado estatal que lleva un maletín en cuyo interior, accesible sólo al mandatario, está dispuesto un mecanismo que acciona las cargas nucleares y misiles de los EE. UU. Es decir que, finalmente, la existencia del planeta, o poco menos, depende del equilibrio mental de un individuo que, para colmo, está permanentemente sometido a un violento "stress".

Ante esta realidad, la primera reacción es de aguda impotencia, que lleva finalmente, a optar por uno de

estos caminos: algunos han decidido poner petardos en las embajadas o raptar aviones o empuñar armas. Son caminos de niños o de pueblos, infantiles, olvidan que basta un solo revólver para provocar los millones de muertos de la Gran Guerra. En sus panfletos, exponen una teoría que justifica esas muertes y en la explicación reside un segundo infantilismo: no hay una sola tesis en el mundo que valga lo que vale una vida humana. Ese camino no es valioso para un adulto, ni menos para un pueblo adulto. Otros han optado por el olvido, camino nada valiente, pero algo más aceptable, ya que se trata de mantener el propio equilibrio. Algunos han resuelto escaparse a través de drogas y/o curiosos predicadores de oscuras filosofías orientales, buenas la mayor parte de las veces, pero abominablemente difusas para la comprensión occidental. Otros, no encuentran un camino y permanece la interrogante: ¿Cómo es posible haber llegado a esta situación? Un día la respuesta se les hace evidente: la necesidad de sublimación que tiene la especie, ha otorgado mayor valor a las teorías que al hombre.

Desconfianza ambiental

En las autobiografías de los grandes estadistas nos encontramos más de una vez con frases como: "...confiaba en él como persona, incluso como eventual amigo, pero sus ideas..."; también en los conflictos generacionales hay una desconfianza a priori; en algunos comentarios particularmente tendenciosos, está implícita la creencia de que

el Presidente tal o Ministro cual, es perverso, ya que sólo pretende el descalabro económico y/o social y/o moral más espantoso en el desgraciado país que gobierna. Así son igualmente frecuentes ideas o más bien slogans tales como: el yanqui es capitalista o el cubano es comunista y tantos otros. Así, en cada estructura y a todo nivel, se respira en el globo una desconfianza ambiental que ha llegado incluso a convulsionar el deporte, actividad basada tradicionalmente en el juego limpio.

El entronizamiento de la desconfianza como forma de relación del hombre con su entorno ocurre quizás, porque desgraciadamente hemos olvidado algunos principios que nos enseñan dos ciencias, tal vez por jóvenes, desconocidas, aunque no por ello menos estrictas en sus métodos de investigación. En psicología existe la noción de adscripción de roles: es decir, si yo asigno a un perro el rol de bravo, con seguridad me morderá; o, más claro aun, si adscribo a una mujer el rol de hermosa, ella será hermosa. En otras palabras lo que hace ya años había intuido La Fontaine: "El hombre es de tres maneras: como él cree que es, como los demás creen que es y como es realmente". La validez de esta noción salta a cada paso: Cervantes, cuando narra que Aldonza Lorenzo, al saber que un caballero andante veía en ella una dama y desfacía entuertos por ella, comenzó a transformarse en tal y aunque el triste caballero ficiere más que desficiere los entuertos que encontraba en su ruta, ella fue aproximando paulatinamente su conducta a la imagen

NECESITAMOS... (de la pág. 312)

que don Quijote tenía de su Dulcinea del Toboso.

Opinión y conducta

Si buscamos el correspondiente sociológico del principio enunciado, encontramos la noción de la profecía autocumplida, noción que opera del mismo modo que la adscripción de roles pero a nivel colectivo. Este principio puede ser enunciado en los siguientes términos: basta definir una situación como real para que sean reales sus consecuencias. En otras palabras, la conducta de los hombres no responde a las condiciones objetivas que caracterizan una situación sino a la percepción que de ella se tenga. Quizás sea necesario recurrir nuevamente a ejemplos: si los israelitas están totalmente seguros de que los árabes violarán los pactos de cese del fuego, los pactos serán violados.

O si todo un grupo social cree que un miembro de ese grupo es ladrón, el individuo llegará a robar.

En el estudio de la historia encontramos innumerables situaciones que confirman la unidad con que operan ambos principios. Un ejemplo, muy certero lo encontramos en la vida de santo Tomás Becket. La anécdota ha sido profusamente divulgada por poetas, cineastas, historiadores y novelistas: Becket fue nombrado arzobispo de Canterbury por el rey Enrique II, con el solo objeto de tener un hombre de su más plena confianza a la cabeza de la iglesia, y así imponer su mandato por sobre el del Papa. Pero, al ungir a Becket arzobispo, éste reformó su conducta al verse depositario de la confianza y el amor de su grey. Tuvo entonces que asumir verdaderamente su rol de arzobispo y fue un hombre de iglesia, un santo que dio su vida en el cumplimiento de su deber.

Mirando las actuales circunstancias del hombre a la luz de los principios

enunciados, no podemos dejar de reconocer: todos somos culpables. Es cierto: hemos endiosado a algunos hombres porque creíamos en sus teorías, hemos satanizado a otros porque no compartíamos sus ideas. Y lentamente nuestros propios prejuicios se fueron actualizando: el endiosado se ha sentido dueño de la vida y la muerte; el satanizado sólo nos hiere.

Es urgente entonces volver a la confianza apriorística, es necesario remover el enfoque de la relación social: mientras no estén demostradas las maldades de una determinada situación o individuo, se hace indispensable confiar en él. Con diez buenas voluntades dispuestas a confiar mientras el sentido común se los permita, será un poco mejor el mundo; con mil; tal vez pueda interrumpirse una batalla. Diez millones quizás consigan inutilizar el botoncito que persigue a los mandatarios de las grandes potencias. Y tal vez seamos entonces un poco más felices.